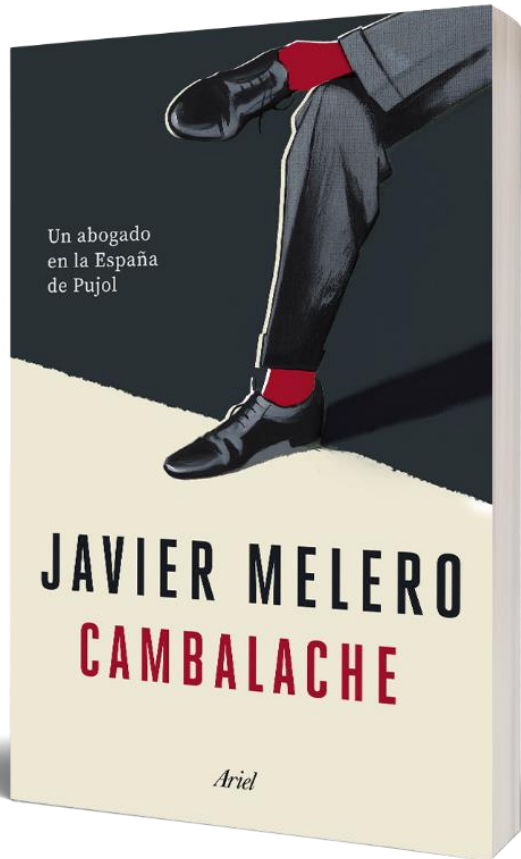


*Ariel*



**JAVIER  
MELERO**

**CAMBALACHE**

**Un abogado en la  
España de Pujol**

**Una crónica magistral de la España de los años setenta  
hasta la actualidad, desde la mirada de un letrado**

**A LA VENTA EL 14 DE ABRIL**

**\*Material embargado hasta su publicación**

**AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

Para ampliar información, contactar con:

Elisenda Pallarés (Responsable de Comunicación Área Ensayo):  
659 45 41 80 / [epallaresp@planeta.es](mailto:epallaresp@planeta.es)

## SINOPSIS

Con un marcado carácter de autoficción, *Cambalache* es el itinerario vital de un abogado durante cuarenta años de la historia de España. Se inicia en la Barcelona de los años setenta —en una primavera marcada por las ilusiones políticas, la música, el cine y las experiencias sexuales— y sigue con los tiempos del desencanto y la droga, la experiencia del protagonista trabajando en las prisiones de los años ochenta y finalmente su descubrimiento del derecho penal, la práctica de la abogacía y el logro de prestigio y reconocimiento. Los hitos del relato confluyen con las letras nostálgicas de los tangos que acompañan determinadas situaciones y reflexiones, mientras se amplifican las relaciones con el poder y las élites catalanas desde las olimpiadas del noventa y dos hasta la fecha, con la figura de Jordi Pujol como protagonista destacado.

*Cambalache* es la crónica agridulce de alguien que, desde Barcelona, atraviesa cuatro décadas de la historia del país con el espíritu de un abogado acostumbrado a lidiar con la sutil línea que separa la verdad y la no verdad.

## EL AUTOR

**Javier Melero** Es un abogado con un largo recorrido en Derecho Penal. Profesor durante muchos años de dicha especialidad en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y en diversos másteres universitarios, ha sido socio en firmas legales de nivel mundial. Además de participar en la defensa de algunos de los casos más notorios seguidos en España en los últimos años, se encargó de la defensa de Artur Mas en el caso de la consulta del 9N. Asimismo fue el abogado de los *consellers* Joaquim Forn y Meritxell Borrás durante el juicio al *procés*, experiencia que plasmó en su libro *El encargo*, muy bien recibido por la crítica y los lectores.



© Cristina Reche

## ALGUNOS FRAGMENTOS DE LA OBRA

«**Aquella mañana de finales de febrero de 2020, cuando salí de ver a Pujol, me sentí definitivamente envejecido. De alguna manera, tan viejo como él.** Su mundo se eclipsaba y sus referencias eran anticuadas, como una fotografía en sepia. Todos aquellos nombres de políticos de décadas pasadas, aquellas negociaciones, los secretos de gabinete, las intrigas en un lugar algo parecido a la cumbre formaban parte de un mundo que se le escapaba entre los dedos. Estaba hundido en el descrédito y la melancolía e intentaba poner algún orden a sus ideas y recuerdos, con lucidez, pero abatido. Por eso escribía con una competencia empañada de localismo historias que no interesaban a nadie. O que me interesaban a mí, lo cual no era una mejora relevante. **El ocaso del rey Juan Carlos, consumado por aquellos días en el habitual torbellino de codicia y lujuria, era como la puntilla a una época. A su época y a la mía: la del breve recreo de la Transición democrática, la de las ilusiones que no llevaban a ningún sitio en especial porque los hombres siempre son los mismos, y su miseria, el complemento indesligable de cualquier mérito o cualidad.** Pensé que Pujol siempre había estado rondando por mi vida y mis tiempos, aunque sólo su caída había permitido que fuera accesible para mí y, a la vez, que estableciéramos una cierta relación cuando su mundo empezaba a desmoronarse y pocos le buscaban, cuando sólo se le pedía que expiara sus culpas. Si no hubiera atentado contra su propio legado, nada nos habría hecho coincidir. Tampoco si yo, a través de los caminos extraños o comunes que traza la vida, no hubiera estado cerca cuando llegó la catástrofe.

Parte de lo que conozco sobre mí lo averigüé hablando con aquel hombre. También alguna cosa sobre la soledad y un sentimiento parecido a la amistad. Como he comprobado en muchas ocasiones, quienes han ostentado algún poder sólo tienen algo que me interese cuando los golpea la desgracia, cuando su legado está dañado y se sienten exonerados del propósito extremadamente arrogante de influir en la historia de sus semejantes, seducidos al fin por la superioridad moral del pesimismo.»

« [...] Pujol había puesto el acento en los aspectos morales del nacionalismo, más que en la ideología, y en él la arrogancia del poder había sido superada por la arrogancia de la moralidad. Por eso el reproche que se le dirigió fue tan severo. El rey era otra cosa, un símbolo del paso pacífico de la dictadura a la democracia, aunque no el paradigma de las virtudes de un pueblo. Eran sabidos sus devaneos sexuales, pero sólo cuando éstos se relacionaron con alguna forma de corrupción económica particularmente escandalosa acabó con la paciencia de unos súbditos por lo general escasamente críticos. **Dos puntales de la Transición habían muerto de propia mano y parte de su oprobio se trasladaba a una época que la gente como yo, con todos sus reparos, había tenido por una de las más exitosas de la turbulenta historia de España.** Pronto dejaría de haber calles con los nombres de Pujol y de Juan Carlos, y las paladas de tierra sobre su memoria caerían también, de alguna manera, sobre quienes fuimos sus contemporáneos.

Bajé por la calle Calabria, en la izquierda del Ensanche, una zona familiar y de pequeños negocios de barrio, pensando en todo eso y con la imagen del despacho que acababa de abandonar clavada en la memoria. **Pujol había cambiado dos veces de oficina desde aquel día de 2014 en que Mas —un hombre que sabía que la política consiste en buena medida**

en tragar sapos, pero que tal vez nunca había imaginado la cantidad y las dimensiones de los que le estaban destinados a él— anunció que se le retiraban todos los privilegios como **expresidente de la Generalitat**. Desde los quinientos metros que ocupaba en la mejor zona del paseo de Gracia hasta los noventa de ahora, en los que había recalado gracias al favor de un amigo, pasando antes por la antigua vivienda del portero del edificio donde tenía su casa, en Mitre: un bajo angosto que dejaba claro lo que los constructores de la finca, allá por los años cincuenta, estimaban adecuado para un empleado del servicio.»

« [...] Le fui siguiendo por esos aposentos manguantes y tras la mesa, siempre la misma, se hallaba aquel anciano de mirada amarillenta que decía sin conmiseración que la muerte tardaba demasiado en atraparle. **Apreciaba esas charlas sobre Cataluña** —siempre Cataluña, fuera cual fuera el tema que daba inicio a la conversación— en las que, como todos los viejos, Pujol hablaba para sí y de sí mismo. Hablaba y le daba un sentido especial al que había sido mi paisaje político desde los años de juventud. Movía papeles y explicaba episodios de la historia —de la suya y de la de otros— consciente de que ya no tendría que renovar el mobiliario. Una vez lanzado, apenas me dejaba mediar palabra. No esperaba gran cosa de mis intervenciones y dejaba entrever una percepción muy imprecisa de la que podía ser mi visión de las cosas. No era desinterés. Era que, ante su relato orgánico y total —una respuesta para todo que no admitía enmiendas, ni siquiera parciales—, las vidas en la periferia de sus ideales resultaban perturbadoras. **Alguien dijo que Occidente había generado ideologías y Oriente religiones, y el europeísta Pujol parecía entonces un sacerdote asiático del culto a la patria predicando ante algo peor que un hereje: un ateo, uno de esos tipos cuyo único rasgo diferencial con los devotos es el de que creen que el cielo y el infierno están en el mismo sitio y en el mismo momento, aquí y ahora.**»

## **VOLVER**

«**En 2006, la primera vez que fui a su despacho en paseo de Gracia, a Pujol ya sólo le quedaban funciones honoríficas, pero aún gozaba de una más que notable influencia.** Se hallaba en el número 39, en la conocida como “manzana de la discordia” por alguna olvidada rencilla entre los arquitectos que entonces competían con sus artefactos modernistas.

Aquella misma mañana había recibido la llamada de uno de los responsables de CDC, Germà Gordó, diciéndome que concertara una reunión para tratar con Pujol el tema de unas injurias publicadas en un medio de comunicación de la ciudad (un medio de segunda fila, pues los de primera, por aquellos días, no publicaban ese tipo de cosas). Un asunto, a fin de cuentas, de poca monta, si no fuera por la personalidad del injuriado.»

«—Va a tener que disculparme, pero aquí ha habido algún malentendido —dijo fijando en mí sus ojos de color ambiguo—. Alguien ha debido de confundirse... ¿A usted quién le ha dicho que venga aquí?, ¿alguien del partido?

—Sí, sí, Gordó y Corominas —respondí, empezando a sumirme en un necio desánimo.

—Verá, esto ya le ha sido encargado a otros abogados que estuvieron aquí hace pocos días. Yo no lo recordaba, pero me parece que le han hecho venir para nada.»

«Para entonces, llevábamos tres años del denominado «tripartito » (fruto de una coalición entre el Partit dels Socialistes, Esquerra Republicana y los excomunistas de Iniciativa per Catalunya), que había conseguido arrebatarse el poder a los sempiternos convergentes, algo así como los dueños de la finca catalana desde principios de los años ochenta. Pasqual Maragall era el presidente de la Generalitat y Mas gestionaba la travesía del desierto con notable diligencia y su característico entusiasmo. [...]»

«De sus infortunios me daba cuenta, de tanto en tanto, uno de los abogados internos de la casa, Salvador, con quien había hecho amistad hacía algunos años y que conocía a todo el mundo, ya que acumulaba más antigüedad que las paredes de la propia sede.»

«—Gordó parece un tipo bastante duro.

—Lo es. Alguien tiene que mandar, pronunciar algún que otro no, poner mala cara cuando toca, y muy pocos están dispuestos a eso. **¿Sabes cómo llaman a Gordó por el partido cuando están bien seguros de que no puede oírlos? “El siniestro.”** Pero hace falta alguien como él. El partido es un partido de gobierno, y en la oposición está completamente descolocado. Y además hay que apretarse el cinturón: toda la gente que ha saltado de las administraciones ahora vive principalmente del partido. Estos chicos saben hacer muy poca cosa en el sector privado.

—**Y lo del tres por ciento, ¿cómo va? —No va. La querrela contra Maragall al final la retiraron.** Dicen que no quieren atacar a la presidencia de la Generalitat, pero de eso a mí no me cuentan gran cosa. Bueno, sí, me dicen que Maragall, para evitar el desgaste del hundimiento del Carmel, se sacó lo del tres por ciento de la manga y cambió el sentido del debate. Mas se puso como una hiena y rompió los puentes. Lo que no pueden entender en la casa es que Esquerra haya preferido pactar con los socialistas antes que con ellos. En fin, un número.

—Sí. Ahora va a resultar que los de Esquerra son de izquierdas. ¡Lo que hay que ver!

Era cierto que en un pleno del Parlament de 2005, dedicado a despellejarse por el hundimiento del barrio del Carmel, **Maragall le había espetado públicamente a Mas que sabía que ellos (los convergentes) tenían un problema de dimensiones oceánicas, y que ese problema se llamaba “tres por ciento”. La respuesta de Mas no por glaciarse fue menos contundente, hasta el punto que el propio Maragall tuvo que bajar velas, por miedo a comprometer lo que era el producto estrella de su legislatura: la aprobación del nuevo estatuto de autonomía, un auténtico churro que apenas interesó a la mitad del electorado y que Esquerra ni siquiera votó a favor. Cosas de la patria.»**

«Empecé a tratar a Gordó con una cierta asiduidad cuando desembarcó como gerente en 2003, tras su paso por una entidad municipalista y algún otro cargo en la Administración. [...] También, como Mas, se conservaba en buena forma física, aunque no parecía muy dado al deporte. Si acaso, al esquí en la Cerdaña, que era más una seña de identidad y estatus que otra cosa. Y solía vestir trajes muy oscuros y corbatas sobrias, sin la menor concesión a la modernidad, lo que tenía a gala, pues presumía de católico, conservador y soberanista y sólo se permitía alguna frivolidad en materia de relojes, ya que lucía uno en la muñeca del tamaño del Big Ben.»

«Gordó participaba del culto a Pujol, como más o menos todos en su partido, pero lo hacía con una apariencia de objetividad que daba un sentido especial a su devoción. [...] **Gordó y yo nos respetábamos, aunque veníamos de lugares muy diferentes, lo que no evitaba que,**

**de tanto en tanto, él me mirara con esa conmisericación que los creyentes reservan a quienes no participan de la revelación.**

Abandoné Gracia y fui bajando hacia mi casa. Casi toda mi vida había vivido en el Ensanche, pues no me gusta cambiar de barrio. Ni siquiera me gusta cambiar de domicilio. [...] Tras dar algunos tumbos, siempre acabo volviendo a la cuadrícula de las pocas calles que marcaron mi infancia y que son lo único, junto con el paisaje de algún pueblo, que me genera una cierta sensación de patria.»

*«Por figurar en la guía  
Me mudé de Olavarría  
A una calle del trocén,  
Dejé el viejo conventillo,  
Cambié balcón por altillo.  
Todo por darme chiqué,  
Ya ves, hermano, por qué  
Otra vez yo volvería  
A mi viejo conventillo  
De la calle Olavarría.»*

«Caminaba y recordaba los años de mi primer encuentro con Pujol, a finales de los setenta, y en sus circunstancias, indisociables a mi primera juventud. Era 1974 y yo había cumplido dieciséis años. Entonces, para la gente de mi edad y posición, lo más normal era abandonar la cómoda vida de estudiante en exclusiva y pasar a compaginarla con algún trabajo [...]. Se trataba de una filial de Banca Catalana y, sólo por el nombre, ya me sonaba a algo diferente y más avanzado y moderno que la vetusta banca tradicional. [...]»

«Pujol era entonces una sombra poderosa que surcaba fugazmente los despachos de dirección de nuestro banco. A mi modesto nivel tan sólo llegaban rumores sobre él. El jefe de conserjería, un tal Riera, alardeaba de conocerlo de misa y contaba que cuidaba tanto los detalles que hasta se preocupaba por los libros que se exponían en la cafetería el día de Sant Jordi. Un día, con mi uniforme y mi chaleco, le llevé un sobre que tomó de mi mano con extrema delicadeza. Pujol estaba de pie junto a un ventanal y parecía a la vez un extraño solitario y renuente y el amo de todo el edificio. Me miró fijamente a los ojos y se dirigió a mí, cortés, pero distraído:

—¿Hace mucho tiempo que trabaja aquí?

—Dos años.

—**¿Es usted de Barcelona? ¿Y sus padres?**

—**Tanto mis padres como yo somos de Barcelona. Mis abuelos eran de Teruel.**

—**¿De la parte en que se habla catalán?** —preguntó con vivo interés.

—**Sí, señor. Justo de allí.**

—**Entonces es usted de familia catalana de pies a cabeza** —asintió satisfecho.

—Nunca había pensado otra cosa. Me retiré tras esas cuatro palabras mientras él bajaba la vista a sus zapatos y se pasaba la mano por el cogote, nuevamente abstraído, el sobre cerrado olvidado en su mano, sin iniciar siquiera un gesto para abrirlo. Nunca volvimos a cruzarnos en el banco, pero pensaba frecuentemente en él. Era lo más próximo al poder a lo que me había acercado en mi vida. Precisamente en aquel año 1976 se había reeditado su libro *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*, que contenía algunas frases sobre el hombre andaluz por las que llegó a ir a Sevilla para disculparse, y vistas las cuales

no pude más que alegrarme de que, para sus autorizados parámetros, yo fuera un catalán con todas las de la ley.»

## TIRATE UN LANCE

«En la misma Audiencia Nacional volví a reunirme pronto con Javier y Juanjo, en un nuevo caso estrechamente vinculado a los de la KIO: **el de los altos responsables de Hacienda en Barcelona acusados de haber cobrado cantidades millonarias** —por supuesto, en cuentas suizas— **por favorecer las inspecciones fiscales de las empresas del grupo kuwaití.** [...]»

« [...] **Pocas cosas hay más duras que un funcionario acusando a otro funcionario, sobre todo en materias relacionadas con la corrupción.** Los jueces y los fiscales confían en ellos, los designan como expertos de la acusación en los juicios por delitos tributarios y conceden a todas sus afirmaciones, incluso las más bizarras, una presunción de credibilidad. Cuando les fallan, ponen en evidencia las propias raíces del sistema, desalientan a la ciudadanía y desmoralizan a los contribuyentes.»

«Fue en una de sus declaraciones ante Palacios cuando dejó caer que la versión de mi cliente, que le había entregado cincuenta millones de pesetas en una cartera de mano, era imposible, y preguntó retóricamente:

—**¿Saben cuánto ocupan cincuenta millones de pesetas?** No cabrían en ninguna de las carteras que hay aquí —señalando displicentemente los portafolios de los abogados situados al pie de cada silla.

**Estaba esperando que dijera eso. Al efecto, había encargado en una papelería unos blocs del tamaño exacto de los billetes de cinco mil pesetas, hasta los cincuenta millones, y los había introducido sin el menor problema en mi cartera.** Cuando llegó mi turno de preguntas, abrí la cartera y empecé:

—Usted ha dicho que esa cantidad no cabría en ninguna de las carteras que hay en esta sala. Bien, le exhibo la reproducción exacta en tamaño y volumen de ese número de billetes. Como puede usted ver, caben perfectamente —dije en tono neutro, casi tan displicente como él.»

« [...] **Cuando el juicio terminó, abogados y acusados nos abrazamos como náufragos recién rescatados** y salimos a la luz, todos con una depresión latente bajo la excitación. Ése no era precisamente el mejor momento para recapitular, pero formulé a mi cliente una reflexión vagamente desdichada:

—¡Que no nos pase nada!

Su mirada triste se hizo más húmeda y se llenó de sorpresa.»

« [...] Judit estaba desolada.

—¿No podríamos haber cerrado un pacto con los fiscales? —preguntó con voz llorosa.

—Lo intenté y no quisieron ni oír hablar de ello. Lo daban por ganado desde el principio y **no hay piedad entre grandes depredadores: consideraban a los inspectores de Hacienda como de los suyos, de ahí la saña.**»

«En julio, tras nueve meses de sesiones, acabó el juicio de Hacienda y en septiembre empezó el del **caso Malaya ante la Audiencia Provincial de Málaga**, que habría de durar la friolera

de dos años, en clara demostración de que todos los asuntos humanos son susceptibles de empeorar.»

« [...] **Otros países más prósperos y desarrollados tienen la opción de diversificar con qué delinquen. Aquí nos queda la droga y el tocho.**»

«—Quería decirte que hemos organizado los acusados con los abogados una fiesta de fin de juicio en un tablao flamenco de Marbella y que estás invitado. Nos gustaría que vinieras.

—Será la primera vez que acabo un juicio en un tablao, y no se me ocurre una forma mejor. Allí estaré —le dije, agradablemente sorprendido y pensando seriamente en exiliarme en tan ameno lugar.

Y allí estuve, entre palmas y vasos de manzanilla, embriagado por la brisa del mar, por unas playas que no pisaba desde el servicio militar y por el recuerdo de alguna amiga de Sevilla, aún más hermosa y excitante a través de los océanos del tiempo. **Me sentía en mi lugar y entre mis compatriotas, sin ningunas ganas de crearme un extranjero. España será un desastre, pero aún no he encontrado a nadie que haya podido convencerme de que mis amigos de Málaga, de Madrid, de Murcia, de Pontevedra, son de un país distinto.** Ni a ningún político catalán capaz de persuadirme de que ellos construirían otro mejor. No disponían de ninguna prueba, y lo que pedían era fe. Y mi fe estaba repartida por demasiados lugares: entre la hermandad de la gente decente que no tiene patria, los filósofos de las barras de los bares y los que libran a la gente de su miseria y su ira. No me quedaba nada para ellos.»

## LA SEÑORA DEL CHALET

«Pasaron muchas cosas mientras me ocupaba de los asuntos de la Costa del Sol. Sin ir más lejos, estalló **el caso Palau**, de la mano de uno de los fiscales del caso Hacienda, Emilio, que no se perdía una. [...] Un tipo progresista y algo desencantado, de los que creen que aquí estamos, condenados a vivir en la sociedad en la que vivimos, pero que todavía aspira a mejorarla con la justicia. Tendría razón o no, pero era una noble aspiración y actuaba de acuerdo con ella. **Cuando vinieron a Barcelona un par de policías “patrióticos” a buscar mierda sobre los Pujol y Convèrgencia con medios más que discutibles**, por mucho que Emilio simpatizara con esos políticos tanto como con la tosferina, **los echó escaleras abajo sin contemplaciones.**»

«El asunto llevaba unos días ocupando las primeras páginas de los periódicos cuando pasé por Fiscalía a verle. Su despacho era el último de un largo pasillo desde el que se podía oír la música barroca con la que solía trabajar. Era como acercarse a la celda de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*; daba un poco de miedo.

—¡La que has montado! —exclamé.

Apartó un montón de expedientes de una de las sillas y me invitó a sentarme a una mesa inundada de papel hasta extremos grotescos.

—Y todavía no he terminado. **Prepárate, porque tendrás trabajo. Una parte de este montaje tiene que ver directamente con Convergència.**

—Si tú lo dices... —repuse.

—Lo digo yo, lo dice Hacienda y toda la documentación que encontramos en el Palau. Un escándalo sórdido. Los establos de Augías.»



—No me gusta verte tan animado, sobre todo pensando en tu salud. Por cierto, yo no tenía ni idea de la existencia del tal Millet.

—Ni yo. ¡No somos nadie! —remató con una risa sarcástica.»

« [...] No tenía la menor noticia sobre las andanzas de dicho sujeto. Luego me enteré de que era un patricio del más rancio pedigrí catalán, algo compuesto, en dosis variables, de ancestros patrióticos, junta directiva del Barça, un poco de Liceu, algún consejo de administración de empresas de tronío, unas gotas de La Caixa, la consabida Creu de Sant Jordi (una distinción que se otorgaba prácticamente a cualquiera que la quisiera y constara en el inventario de los catalanes de pro), los Coros Claver y cosas así. En definitiva, nada que me hubiera interesado lo más mínimo a lo largo de mi vida. **Millet parecía el paradigma del convergente de piedra picada, pero gozaba de una iconografía perfectamente transversal, en la que aparecía en compañía de políticos de todos los partidos.** De todos los partidos a los que pudiera sacar los cuartos, obviamente. Un tipo con fama de listo, aunque daba la impresión de que se creía más listo de lo que en realidad era. En las fotografías que aparecían aquellos días en los diarios, su cara tenía tanta expresión como una merluza hervida, y más o menos el mismo color.»

« [...] Su vida como prócer catalanista tenía menos gracia que una capa de hormigón, pero su biografía como estafador podría haber hecho de él una leyenda. Y aún está por escribirse.

*«Figurarás en los diarios  
en galería social,  
aunque yo pa mantenerte  
esté siempre engayolado,  
y eternamente escrachado  
en crónica policial.»*

«Poco después, el fiscal pidió —y el juez acordó— la citación del tesorero, y el muerto que se estaba sorteando le tocó a Daniel. Como Pablo había previsto, me encargaron su defensa y me dirigí a la calle Córcega con esa excitación que sienten por igual los abogados al entrar en un caso de los gordos y los salmones en la desembocadura de los ríos. Daniel era un hombre en la setentena que llevaba varios años jubilado y que colaboraba con el partido en una especie de voluntariado no retribuido. Era un auténtico creyente —tanto en términos religiosos como políticos, si es que ambos no son más o menos lo mismo— de una lealtad a prueba de bomba y alguien de quien nadie a lo largo de los años fue capaz de trasladarme el menor comentario negativo, ni siquiera una leve crítica. [...]»

«Daniel era un incondicional de la Cataluña que imaginaba: una arcadia rural plagada de montañas sagradas, mares incontaminados y ciudadanos monolingües; donde no se escucharan sevillanas en las fiestas mayores de los pueblos y las actuaciones de los Coros Claver cantando *Els segadors* convocaran más público que una final de la Champions. La lástima era que ese país no acababa de existir del todo. En Cataluña, la identidad cultural resultaba tan compleja que la nacionalidad no dejaba de ser una propuesta decididamente negociable. También era un devoto de Pujol. Recordaba cuántas veces le había visto, las palabras que habían cruzado y sus llamadas de apoyo cuando las cosas le fueron mal. Pujol era la encarnación del país en el que creía y el único que lo había liderado de verdad. Apreciaba sinceramente a Mas, igual que los franceses apreciaban a Pompidou: no era mal tipo, pero nunca sería De Gaulle.

**Su acusación puso el foco de atención sobre el partido e inquietó sensiblemente a sus altos cargos.** Y ocuparme de su defensa supuso, entre otras cosas, que tuviera que reunirme frecuentemente con los que tenían que estar al día de las investigaciones. Me puso en el centro de un caso que para el fiscal ya no era un Millet vencido y desarmado, sino la propia Convergència. Daniel no era más que un mero instrumento para llegar a su corazón.»

«Al inicio de la investigación, Millet no dijo nada sobre el partido y negó cualquier trato con Daniel. Luego cambió de parecer y, después de alcanzar un pacto ruinoso con el fiscal, afirmó todo lo contrario. Pero ésas son cosas que suelen pasar en este tipo de asuntos. Daniel contemplaba el procedimiento con resignado escepticismo e intentaba continuar con su vida:

—Tenemos una actuación con la coral de la parroquia en el extranjero. ¿Tú crees que me dejarán salir del país?

—Presentaré un escrito y lo pediré. No creo que pongan problemas, aunque podrías fugarte y pedir asilo político en la Santa Sede —repuse.

—Mejor en Andorra.

—Pero si ni fumas ni esquías, ¿qué ibas a hacer allí?

—Hablar catalán. ¿Me recomiendas alguna serie?

—Por supuesto: 24. Si no te mata de un infarto, hará que se te pase el tiempo volando y verás que nadie en este mundo sufre más que Jack Bauer.

—Siempre es un consuelo.

**Llegué a apreciar de verdad a Daniel, un tipo amable y bondadoso, e hice lo que pude por él. No fue demasiado, pero siempre me lo agradeció.** Años después, una tarde abrasadora le acompañé a prisión. Se le veía frágil e inquieto y yo me sentí como si estuviera llevando a mi padre a la morgue. Nos despedimos como viejos amigos.»

## **ESTA NOCHE ME EMBORRACHO**

«El domingo, a las diez de la mañana, **Judit y yo estábamos a la puerta de la casa de Pujol** en Mitre. Un edificio burgués y discreto, de los años cincuenta, con muros de color albero y una puerta metálica blanca de doble hoja. Cada cual por sus propios motivos, los dos compartíamos una cierta emoción. Judit pensaba que penetraba en la intimidad de uno de los artífices de la Cataluña en la que soñaba, y **yo sentía que probablemente, en aquellos momentos, no había para un abogado casos más importantes que los que estaban cayendo en mis manos.**»

«Nos recibieron el matrimonio y sus siete hijos repartidos por los sofás del amplio salón. [...] Los sofás se hundían al menor contacto con el cuerpo, de manera que, al engullirte, acababas como en uno de esos coches deportivos que tanto le gustaban a Jordi, el hijo mayor. Era éste quien llevaba la voz cantante y nos puso en antecedentes de aquello que estimó que teníamos que saber. [...]»

«—Si no se hubiera tratado de un informe de apariencia policial, el banco ni se habría planteado una certificación negativa —dijo, abriendo mucho sus pálidos ojos azules.

—Los comentarios de Fernández Díaz también habrán ayudado, ¿no?

—¿El ministro? Eso fue definitivo. Al ver que le daba alguna credibilidad al contenido del informe saltaron como un muelle. Pero ha sido difícil y no creo que quieran que se sienta un precedente. Los bancos quieren silencio, y sus clientes, también.

—Esos multimillonarios de países muy pobres, ¿no?  
—Ésos más que nadie.»

«**Jordi nos encargó su defensa en la investigación que acababa de abrirse en Madrid en la que constaban las declaraciones de Victoria** [Álvarez] y donde el juez ya había decidido hacerle comparecer como acusado. Le di las gracias con toda seriedad y quedé con él para preparar su interrogatorio en mi despacho.»

«Tal vez Jordi no me tenía tanta confianza, o tal vez se trataba de un *gentleman* a la vieja usanza, pero, a pesar de todo el daño que la dama en cuestión les ocasionó, jamás le oí hablar mal de ella. Y eso que yo le di pie, siempre encantado por cualquier aproximación al mito de la mujer fatal, aunque la mujer en cuestión se hallara en las antípodas de mis gustos. Según la grabación de la conversación de Victoria con la lideresa del PP, quien follaba extraordinariamente bien era Jordi. “Dos sin sacarla”, comentaban con elegante estilo. Pero tuve que concluir que algo debía tener que ver la buena señora en toda esa admirable eficiencia. A mí me hacía pensar en *Esta noche me emborracho*, o en una tarántula moviéndose en mi cama sobre ocho patas peludas, pero Jordi debía ser más de Richard Clayderman.»

«*Mire si no es pa suicidarse  
que por ese cachivache  
sea lo que soy.*»

«En esos días recibí sendos mensajes que me instaban a reunirme con la máxima urgencia tanto con Villarejo como con el joven Nicolás. Algo debía de quedar en mí de aquel chico de barrio propenso a desconfiar de cualquier chulo de billar que hizo que me negara a tales encuentros. Oriol, que estaba por entonces en un estado de excitación perfectamente describable, se prestó a hacerlo con el segundo de ellos. [...]»

«—Pero ¿qué te dijo, en definitiva? —le pregunté a Oriol con retintín.

—**Que si dejábamos el independentismo, todos los procedimientos contra nosotros se archivarían** —respondió Oriol.

—Dejar el independentismo, ¿quiénes?

—Mi padre, yo, la familia...

—¿Así? ¿Y ya está?

—**Bueno, además tendríamos que pagarle cuatrocientos mil euros...**

—**¿En concepto de qué? —Resulta que están un poco escasos de fondos reservados y necesitan algo de dinero para operaciones encubiertas. Dice que la vicepresidenta no suelta un duro.**

—**¿Soraya?**

Por no salir del mundo del cine, la cosa ya empezaba a parecer propia de *Bananas*, la película más política de Woody Allen, en la que el dictador de turno, como primera medida de buen gobierno, decide que todos los habitantes de aquella pequeña república latinoamericana pasen a hablar en sueco.

—Sí, Soraya. Tú tendrías que ir a reunirte con ella y te daría los detalles del acuerdo. ¿Estarías dispuesto a ir? —siguió Oriol.

—¿No ves que eso es una estafa? Lo que me extraña es que no intentara venderte la Pedrera o la Sagrada Familia. [...]»

«Di cuenta a Jordi del resultado del interrogatorio y pareció darse por satisfecho. En realidad, podía estarlo. A Ruz ni se le ocurrió citarle para declarar, pues las flamígeras acusaciones de su vieja amiga no parecían haber causado el menor efecto. Tendría que pasar bastante tiempo y muchas cosas más para que tuviera que acudir a aquella cita, y para entonces sus acciones habrían bajado varios puntos en la bolsa de la presunción de inocencia.»

## CAMBALACHE

«**Mas me llamó y me invitó a desayunar en el Palacio de la Generalitat.** Estábamos los dos frente a frente, en los extremos de una mesa larga cubierta por un blanco mantel de hilo. [...]»

Esperó a que estuviéramos solos y me preguntó por los casos que afectaban a Convergència. Le hice un resumen sintético de cómo evolucionaban y conseguí amargarle buena parte del día. Para compensar, él me habló de los preparativos para la votación que se iba a convocar para el próximo nueve de noviembre, pues no parecía estar entre sus planes ser el único que se deprimiera en aquel encuentro. [...]»

«—¿Podemos ir a Estrasburgo por el archivo de la querella? —preguntó.

—Podemos. Otra cosa es que nos hagan caso.

—Pues prepara el recurso. Tenemos que llegar hasta el final, porque no pienso permitir que digan que soy un corrupto y no paguen por ello. Sería tanto como conformarme. ¡Sólo me faltaba eso! Sus ojos se fruncieron y quedó en silencio.

—Así que haréis el referéndum... —dije, buscando algo más alegre.

—**Una consulta participativa, claro que sí. Preguntar la opinión a la gente aún no lo ha prohibido nadie en una democracia** —respondió.

—Espero que no te traiga problemas.

—Si fuera así, que no me lo puedo ni imaginar, van con el cargo. Hablando de otra cosa, ya sé que no me puedes decir nada sobre los Pujol, sólo te pregunto si crees que el *president* tiene algún motivo para preocuparse.

Mas, como todo el mundo, seguía llamando *president* a Pujol. Era como el sacerdocio o el bautismo: el cargo dejaba una marca indeleble.

—Por lo que yo sé, la investigación podría afectar a Jordi, no a su padre. Del padre no hay nada ni en las declaraciones de la novia. Todo lo más, algún chismorreo sobre la madre...

—Me dejas más tranquilo...»

«En las semanas posteriores a este encuentro, las informaciones relacionadas con la investigación sobre Jordi siguieron apareciendo en el mismo periódico. Eduardo y Esteban continuaron firmándolas sin temer que los denunciaran, aún más crecidos y animados, y ya nadie discutió gran cosa sobre el origen policial de las filtraciones. **Un buen día, aparecieron publicados unos pantallazos de las supuestas cuentas andorranas de casi toda la familia, con excepción del propio Pujol y de Oriol.** Tuve una serie de reuniones con ellos y, al poco, me encontré con la noticia de que una buena parte de la historia andorrana era cierta y de que **el propio Pujol iba a emitir un comunicado reconociendo la ocultación de los depósitos durante más de tres décadas.** Aquello iba en contra de las normas más elementales del

oficio, de lo que había aprendido con Paco, de lo que yo mismo había explicado en mis clases a jóvenes abogados. **Si hay que confesar, se confiesa ante un juez y a cambio de algo. No para las televisiones, ni para los políticos o para el público en general.** Confiesan ante la prensa los *influencers* que se han puesto tetas de silicona o se han alargado el pene. Y lo hacen ante la del corazón.

Me opuse a esa declaración con un argumentario imbatible, pero nadie me hizo ni caso. Habían decidido que si alguien tenía que hacer estallar el tema, no sería un periódico de Madrid, ni el Estado; serían ellos en el momento que les pareciera más oportuno. El rey acababa de anunciar su abdicación, generando una nada desdeñable agitación mediática, y alguien consideró que aquello podía beneficiar a los Pujol. Ese mismo alguien también creyó que los servicios prestados por Pujol eran de tal entidad, y la contrición que había manifestado tan efectiva, que la opinión pública nacionalista le perdonaría de inmediato. No me tengo por ningún genio a la hora de prever las reacciones humanas, pero debo reconocer que hay gente incluso peor dotada que un servidor. El mismo día de su lectura, me dejaron leer el comunicado de Pujol. Cuando lo hicieron, me advirtieron de que no podía cambiar ni una coma. Fue una lástima, porque había un par de errores de redacción un tanto vistosos. Apenas una hora antes de enviarlo a los medios, Pujol me llamó.»

« [...] —**Mi valoración se la puedo avanzar. Usted se dice que el reconocimiento de la culpa, que la contrición, causa efecto en el ánimo de los demás y predispone al perdón y al olvido. No creo que sea así.** En el fondo, toma usted la decisión más propia de un optimista. —Y usted siempre habla como un pesimista que no cree en el buen sentido de la humanidad. —De acuerdo, Pujol. Buena suerte.

Pujol había decidido que lo atraparía el destino al que, con el concurso de Piqué Vidal, había conseguido dar esquinazo en los ochenta, cuando el caso de Banca Catalana. Aquel banco en el que coincidimos cuando yo no podía ni imaginar que la historia nos había de proporcionar varios puntos de encuentro, que acabaría simpatizando con el viejo estandarte de la nueva patria y que, incluso, en más de alguna cuestión acabaría por darle la razón. **Me sentí extrañamente desolado, como si parte de su vergüenza recayera sobre mí y sobre mi época. Como si también yo tuviera derecho a sentirme decepcionado, burlado por ese giro dramático en su biografía. En las noches remotas de mi juventud me había reído de la gente que le defendía. Décadas después, de alguna manera, me había convertido en uno de ellos.**»

«Sonreí de oreja a oreja y pedí otra copa mientras buscaba en internet información sobre aquel lujosísimo hotel. Marqué el número que indicaba el mail, formalicé la reserva y tuve que reconocer que **no había como un cambio de perspectiva para darse cuenta de que nada importa en exceso. Ni siquiera los crucigramas demasiado difíciles de resolver, como Pujol.**»

**Para ampliar información, contactar con:**

**Elisenda Pallarés (Responsable de Comunicación Área Ensayo):**  
659 45 41 80 / [epallares@planeta.es](mailto:epallares@planeta.es)

**Itziar Prieto (Comunicación Área de Ensayo):**  
93 492 81 31 / [iprieto@planeta.es](mailto:iprieto@planeta.es)

*Ariel*